





REGINALD BELCIK  
Y EL MISTERIO DE LOS  
DIAMANTES



ROGER BLIECK

REGINALD BELCIK  
Y EL MISTERIO DE LOS  
DIAMANTES



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Roger Blicck

ISBN: 978-84-18097-86-7

ISBN digital: 978-84-18097-87-4

Depósito legal: M-7306-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*En memoria de mi hija An Blicek  
Una mujer con un corazón de oro.*



## Prólogo

La edición de mi primer libro *Una Vida* me demostró que soy capaz de escribir.

Y así recibí la motivación para continuar. Busqué un tema completamente diferente con el cual pude construir una historia interesante.

Buscando temas, encontré otro que me parece muy divertido.  
¡Sin embargo el amor no puede faltar!

Introduzco a veces un poco de mi filosofía y además quiero poner la atención sobre las mujeres.

Los hombres tienen que darse cuenta de que una mujer vale más que un hombre. No es un invento mío.

¡Aunque los hombres son físicamente más poderosos que las mujeres, esto sirve para protegerlas, no para dominarlas!

Por eso hay que respetar a las mujeres y ayudarlas a su emancipación.

Los hombres que no respetan a las mujeres son animales salvajes que no pueden tener derechos humanos.

Encontré un modo de presentar mi historia de manera divertida con situaciones encadenadas con mucho ritmo.

Esta historia muestra cómo el comportamiento de la población es complejo e incluso existen crímenes ocultos.

Espero que puedan temblar por los eventos imprevisibles y peligrosos y vibrar con el amor.



## La gerencia imprevista

Soy viudo desde hace unos años y vivo en un piso agradable, parte de un edificio con 26 viviendas.

Cuando mi esposa falleció por un evento muy trágico, estaba destrozado y tenía que reconstruir mi vida. Ahora estoy jubilado y tengo mucho tiempo...

Sin embargo, tengo muchas cosas que hacer para llenar todo este tiempo libre.

Soy capaz de prepararme platos muy sabrosos (¡necesito cuidar mi línea!) y mantener mi hogar limpio y en un estado perfecto. No necesito ninguna ayuda.

Me dedico a la programación de robots.

De vuelta del mercado, estoy poniendo las cosas en la nevera.

Suena el timbre del piso.

Voy a abrir y tengo delante de mí a uno de mis vecinos que cumple la función de presidente de la comunidad de propietarios.

Parece muy consternado. Le pido que entre.

Tiene una noticia muy mala y triste.

La mujer que se ocupaba de la función de administrador ha sido víctima de un ataque en su tienda de joyería ¡y falleció hace una semana!

Y justo en este momento hay que finalizar los cálculos para los gastos del edificio. Y nadie puede hacer esto y mandar las cartas a los propietarios.

—¿Y por qué yo?

—Porque usted es ingeniero y el único, aparte de la señorita que lo hacía, capaz de hacer esto.

—No puedo prometerle nada, sin embargo, deme los documentos y veré lo que puedo hacer.

—Muchísimas gracias, me encargo de esto.

Mi vecino, el señor Delande, me deja muy de prisa.

¡Bueno, si me ocupo de esto tendré que reorganizar mi vida!

Pero ahora, en primer lugar, continuar poniendo las cosas que compré en su sitio.

Con mi ordenador y acceso a Internet no veo ningún problema para estos cálculos.

Jamás me ocupé de la administración de este edificio. Y todo ha sido hecho con éxito.

En las asambleas generales había uno con preguntas para poner los puntos sobre las íes, pero nada de malo.

Ahora todas mis compras están en su sitio e hice un poco de espacio sobre la mesa para los documentos. El vecino ya está de vuelta.

Le abro la puerta y veo que no ha venido solo. ¡Su mujer le acompaña para traer grandes paquetes de documentos!

Ve mi sorpresa y me dice que lo siente, que son las cosas que encontraron en la oficina.

—No sabemos dónde están los documentos para los cálculos. Lo siento.

No vi a su mujer muchas veces y me sorprende su muy buen gusto de vestirse. Es una persona distinguida y muy hermosa también. ¡Es un afortunado!

La belleza de esta mujer me distrae un poco y les pido poner todo en mi mesa.

(¡Quizá ha traído a su mujer para que acepte!)

—No, quédense allí, siéntense. ¿Puedo ofrecerles un café o algo? ¿Cuéntenme lo que pasó con nuestra administradora.

No quieren nada. Quizá por miedo a que mis copas no estén limpias...

—Nuestra administradora era propietaria de una joyería y hace dos semanas delincuentes armados interrumpieron en la tienda y con amenazas querían las joyas del mostrador. Estas joyas estaban destinadas a un cliente que vendría a buscarlas más tarde. Como ella vacilaba, le dispararon una bala y desaparecieron con las joyas y otras cosas de un escaparate.

»Había una alarma y la policía llegó demasiado tarde para atrapar a los delincuentes, pero han llamado a urgencias, que llegaron muy rápido para llevar a la víctima al hospital. Allí recibió todavía cuidados pero por complicaciones falleció una semana después.

»No estaba casada y su madre, viuda, sufriendo de una inmensa tristeza tenía que ocuparse de todos los trámites. Es ella quien nos ha contado todo esto.

—¡Es una tragedia!

—Sí, y estos bandidos todavía están en la calle, y cuando sean detenidos encontrarán un método para ser liberados. ¿Los derechos humanos, para quién?

—Querido vecino, siento haberle cargado a usted con nuestro problema.

—Voy a ver si encuentro la contabilidad.

—Ah, la contabilidad, si no se encuentra allí en su mesa, no tengo la menor idea de dónde puede estar. ¡Hasta luego!

—Nos vemos.

Libres de su problema, me dejan solo con él.

¿Y voy a encontrar la solución en este montón de documentos?

Vuelto en mi butaca estoy mirando la mesa, cargando años de papelería del edificio.

No estoy realmente obligado a ocuparme de esto y puedo no tocar nada.

Pero, muy raro pero es así, la belleza de la mujer me da una motivación.

—¡Reginald, a trabajar!

Me levanto y hago un espacio para poner los documentos examinados.

Hay uno con un título: *Entradas*; otro con: *Salidas*. Los pongo juntos.

Hay cosas que tienen un sentido común como facturas y presupuestos.

Pienso que esa mujer tendría un ordenador donde todo estaría bien arreglado y sería fácilmente encontrado. Hay que preguntarlo. Encontré un documento en formato Excel. Allí los cálculos se hacen automáticamente. Pero no es cierto que tenga que ver con este edificio.

Necesito los extractos de la cuenta bancaria. No están aquí. No encuentro el número de teléfono del presidente. En el vestíbulo de entrada hay un cartel con la información sobre las personas que tienen algo que ver con el inmueble.

Allí encuentro el número y puedo llamar a mi presidente.

No está, le llamaré más tarde.

Todos estos archivos, a veces muy extraños, me intrigan y empiezo a mirarlos uno por uno.

Aparte de cosas normales como facturas, cartas por empresas y trabajos, encuentro un papel con una lista de lotes de diamantes. ¡Algo que no tiene que ver con este edificio! ¡Los precios tienen cifras muy diferentes de las de la administración! No hay ninguna referencia hacia la tienda de la joyería. La pongo al lado.

Tratar de comprender un poco todo lo que este montón de documentos tiene en sus entrañas toma mucho tiempo y ya son las siete de la tarde. Voy a llamar al presidente.

Esta vez su mujer descuelga. Tiene una voz muy agradable.

Le explico el problema y me contesta que preguntará a su marido para llamarme cuando esté en casa. Le digo buenas noches y cuelgo.

Después de todo este trabajo aburrido, muy pesado para el cerebro, voy a preparar algo de comer y pensar en otras cosas esperando la llamada del presidente.

Pero mi curiosidad me vuelve a traer pronto hacia estos archivos antiguos.

Hay los comisarios de control de la contabilidad. Quizás saben dónde está la contabilidad. Sus nombres están en la lista de los presentes, pero sin más información. En la montaña de archivos, las actas de reuniones tampoco se encuentran. Pero las tengo en mi armario donde está mi administración. Voy a buscarlas.

Ya son las diez de la noche y mi presidente me llama.

No puede más que darme el número de teléfono de la madre de la administradora para pedirle lo que me falta.

Antes de ir a la cama miro un documentario en la televisión. Se trata de todos los aditivos en todo lo que las empresas nos proponen de comida muy apetitosa. Me parecen espantosas todas estas sustancias químicas con un número, juntas en nuestra comida solamente para facilitar la fabricación. (Para bajar el precio...).

Yo compro verduras y frutos frescos y muy poco de comida preparada. Hago mi pan yo mismo con harina, la más natural que encuentro.

Me despierto, la cabeza como un remolino con todas estas cosas misteriosas en mi mesa.

Para quitarme esto, me preparo un desayuno que me apetece: pan tostado con hermosas líneas bronceadas. (Mi aparato es una parilla, no un tostador).

Con algo de aceite de oliva y trocitos de tomate, acabo todo con salmón ahumado acompañado de unas gotas de alioli. (Sí, tiene sal pero no hay en mi pan).

Esto solamente es un ejemplo, hay mucha variación.

Alrededor de las nueve llamo a la madre de la chica. Espero un poco mientras suena. Tengo suerte, descuelga, está.

—Buenos días, señora, soy Reginald Belcik. Perdóneme que le moleste. Nuestro presidente de la comunidad me encargó ocuparme de los cálculos para los gastos comunes. No encuentro en todo lo que me ha traído ni los extractos de la cuenta bancaria, ni los cálculos del año anterior. ¿Puede usted ayudarme?

No quería hablar de la muerte trágica de su hija porque no quiero recordarle ese doloroso evento.

—Señor, todo lo que encontraba, lo he traído al señor Delande.

—Lo siento.

—Disculpeme insistir, señora. Estos documentos, ¿sería posible que se encuentren en la tienda?

Con esto la emoción y el dolor vuelven. Oigo que se suena.

—Señor, supongo que ha sido informado de lo que pasó allí. Todavía la tienda se encuentra cerrada por la policía. Disculpe.

Cuelga.

Así estoy en un callejón sin salida. Puedo decir al señor Delande que no hay posibilidad de continuar. ¡Que tiene que buscar a otro!

Sin embargo, mi curiosidad me hace continuar, no tengo nada urgente y llamo al presidente.

Es él al teléfono.

—Buenos días, señor Delande, aquí Reginald Belcik. Usted me ha pedido el cálculo de los gastos anuales para nuestro edificio. Miré por todas partes en el montón de archivos que me ha traído y no encontré por mala suerte ningún documento que trate de esto. Llamé a la madre de la señorita y no puede ayudarme. Le pregunté si hay una posibilidad de que esos documentos se encuentren en la tienda. A esto me contestó que la policía todavía tiene la tienda de joyería precintada. ¿Podría usted contactar con la policía para preguntar si encontraron estos documentos?

Claro que esto no le gusta, una cosita de rutina muy sencilla que se pudre.

—¿Quiere usted acompañarme allá?

—Por supuesto que sí, pudiera darles algunas precisiones para facilitar la búsqueda.

—Bueno, les llamaré para una cita y le informaré.

—Muy bien, hasta luego.

Esta cita no estará de inmediato y esperándola voy a buscar información sobre esta tienda de joyería.

Con mi ordenador e Internet puedo encontrar informaciones sobre todo. Pero hay tantas cosas que parece encontrar una aguja en un césped salvaje.

Empiezo con «agresión en una joyería».

Hay miles de posibilidades. Hay que buscar de otra manera.

Con «joyera agredida» también hay muchas, pero veo una en Bruselas no tan lejos de donde vivo. Allá probablemente encontraré la que me interesa.

Miro las posibilidades de los transportes públicos y veo cómo llegar.

Puedo ir por todas partes en esta ciudad con los transportes públicos y, como tengo más de 65 años, me sale muy barato. Por eso no necesito más un coche, lo he vendido y me liberé de un montón de trámites de seguros, impuestos, mantenimiento, etc. ¡Además, los transportes públicos son mucho más baratos que el coche! Es cierto, se necesita un poco de paciencia y hay que andar un poco. ¡Pero con el coche es lo mismo!

Por Internet los transportes públicos me han dado un camino hacia la proximidad de esta joyería. Hay un bus casi en frente de donde vivo y con un cambio puedo llegar a la calle de esta tienda.

Internet me daba alguna información sobre la tienda. Existe ya hace mucho tiempo y ha sido fundada por uno de los ancestros.

Llegado a la calle, me doy cuenta de que aquí hay un aspecto de lujo. Hay muchos restaurantes y tiendas de ropa a medida para gente con dinero.

He traído mi cámara y me pongo en frente de la tienda al otro lado de la calle para tomar unas fotos. También tomo fotos con el *zoom* para una vista atravesando la ventana y ver lo que se encuentra en el escaparate.

Ya hay un hombre a mi lado que me pregunta si soy de la prensa. Le contesto que hago un documental sobre las tiendas de joyería en Bruselas.

—¡Oh, pero aquí un asesinato ha sido cometido!

—Ha, ha, no es verdad.

—¡Sí! Un tipo entró, amenazó a la mujer y le pegó un tiro con su revólver.

—¿Y cómo usted lo sabe?

—Estaba dentro de la tienda, fuera de la vista, detrás de un escaparate. Para tener más espacio y mostrar más joyas, estos escaparates pueden moverse y así yo estaba allí detrás de un escaparate.

—¿Y habló de esto con la policía?

—No, no quiero meterme en esto. Podrían pensar que era yo el asesino.

—Pero así usted ha escuchado lo que el asesino ha dicho a la mujer y lo que ella le contestó.

—Sí, pero no comprendí nada, era en inglés y solamente unas palabras que me recuerdo. Hablaba de *devil, jewels, diamonds*. Y ella gritaba: «¡No, no, no!». Y en ese momento escuché el tiro, ¡y esto me daba mucho miedo!

—¿Y cómo pudo salir?

—He oído grabar joyas y pensé que sería visto. Cuando oí la puerta cerrarse, he ido a mirar a la patrona. Se encontraba tumbada en el suelo, ojos cerrados. Llamé a urgencias y huí.

—¡Qué pavor!

—Sí, sin embargo, no sé porque le cuento todo esto, aunque me alivia. Por favor, no diga nada de esto a nadie.

Y el hombre desaparece por una callejuela en medio de dos casas.

Ha inventado toda esta historia o es la verdad y es exactamente lo que pasó.

Con los diamantes me acuerdo de la hoja con la lista de lotes que encontré en la montaña de archivos sobre mi mesa.

¡Caramba! ¿Dónde he llegado?

Hay un restaurante más o menos en frente de la tienda y entro para tomar un café y un trocito de tarta.

No hay mucha gente y pregunto al camarero si no es aquí donde la joyera ha sido abatida.

—¿Usted es de la policía?

—No en absoluto, pero soy un viejo muy curioso que quiere saberlo todo de las cosas raras.

—Ah, sí, extrañas. Es la menor cosa que uno puede decir. ¡Esta

tienda tenía un misterio! Desde aquí puede muy bien ver quién entra o sale. ¡Y he visto individuos muy extraños entrando o saliendo!

—¿Y a los que han matado la mujer?

—No, era el día que el restaurante estaba cerrado.

—¿Era una mujer hermosa?

—No sé, no me fijé en ella.

El café era delicioso y la tarta con cerezas muy buena. Estamos en invierno. ¿De dónde han sacado estas cerezas frescas? Ah, sí, la universalización.

De vuelta en casa, empiezo a buscar en todas las carpetas para ver si no hay otra cosa extraña con diamantes.

Llaman a la puerta del piso.

Con todas estas intrigas me asusto.

Es mi presidente.

Ha llamado a la policía y tiene una cita. No en la tienda, pero sí en la comisaría. Es porque trajeron con ellos todos los documentos que encontraron en la tienda.

La cita es para mañana por la tarde.

Están contentos porque esos documentos son muy difíciles de situar y si nosotros encontramos lo que nos interesa, será más fácil para ellos.

No le digo nada de los diamantes, ni de lo que aprendí de la tienda.

Le invito a sentarse y mientras me cuenta todo esto le preparo un aperitivo y tomo uno yo también.

—A nuestra administradora no la conocía bien, solamente para darle unos consejos técnicos. ¿Usted la conocía mejor? ¿Cómo era su comportamiento y cómo ha sido elegida administradora?

—Hace seis años, el administrador, el señor Renard, cayó enfermo y no encontramos otra persona más que ella. Ella entonces propuso ser administradora y lo ha hecho muy bien.

—¿Tenía hermanos?

—No, era hija única. Ha tenido la herencia de la tienda de su padre y empezaba un comercio de piedras preciosas y joyería. Fa-

bricaba ella misma joyería. Lo aprendió de su padre. Me contaba todo esto cuando empezó su trabajo de administradora. Fuera de eso, no la conocía.

Hablamos aún de política idiota practicada por personas muy bien educadas que cambian a chicos muy brutos una vez políticos y nos despedimos con un hasta mañana y el presidente se ha ido.

Rápido a la mesa, buscar diamantes...

Encuentro viejos documentos del tiempo del señor Renard y otras cosas que no me importan ahora. ¡Sin embargo, hay algo muy extraño!

Una carta con fecha hace 20 años, hablando de un viaje en Sudáfrica. Es en inglés y habla de un reconocimiento de deuda desaparecido. La carta no tiene firma y el nombre del destinatario está borrado por una gruesa línea negra.

Quizá es un borrador, ¿pero de dónde viene mezclado con los papeles de la comunidad?

Esta hoja la encontré por casualidad pegada detrás de una publicidad de puertas de garaje.

Un reconocimiento de deuda puede ser algo muy importante, no se utilizan estas cosas para una deuda sin mucha importancia. Y la deuda puede ser otra cosa que dinero. No está claro que tenga que ver con la tienda de joyería.

¡Misterio!

Ya empezó la noche y voy a dormir.

Aun todas estas cosas muy raras, dormí muy bien y estoy listo para disfrutar mi desayuno.

La tienda de joyería muy especial con sus escaparates móviles detrás de los cuales uno puede esconderse, la hoja de diamantes y la carta misteriosa empiezan a acosarme.

Hay que tener paciencia. Algo saldrá para aclararlo todo.

Continúo poniendo orden en todos los papeles y empiezo a leer las actas de las reuniones de los propietarios desde el principio del trabajo de la señorita. Aquí encuentro su nombre: Jeanne Bartholomé.

Los comisarios de las cuentas siempre aprobaron su trabajo sin reprocharle algo. Es lectura muy pesada y casi me duerme y el timbre suena.

Tiene que ser el presidente para ir a la comisaría.

Me vestí con mi chaqué para acompañar al presidente.

¡Abro y no es el presidente, pero sí una señora!

No la conozco. Me dice que es la madre de Jeanne Bartholomé.

Le pido que entre y la miro. Me contesta inmediatamente que no se queda, que encontró en la casa de Jeanne una cartera con documentos y que me la trae.

—Muchas gracias, señora, espero encontrar allí lo que busco.

—Pienso que usted es la persona idónea para hacer este trabajo.

Adiós.

Y ya salió.

Tengo en la mano una cartera muy pesada y la pongo en la mesa. Miraré su contenido después de la visita a la comisaría.

Ya suena el timbre.

Esta vez es el presidente.

Yo le llamo así porque realmente tiene una cabeza totalmente conveniente para un presidente.

Encontramos a un inspector que quiere saber lo que buscamos.

Le explico y nos dirige hacia una sala donde han dispersado los documentos que encontraron en la tienda. Ficheros, documentos, cartas y un ordenador.

Inmediatamente me viene el pensamiento de la casa de la señorita. ¿No saben que vivía en otro sitio?

No digo nada de esto y miro por todas partes lo que está en la mesa.

No veo nada que pueda pertenecer a nuestra comunidad.

—¿Ya han verificado lo que hay en el ordenador?

—Lo hemos intentado, pero está con una contraseña y esperamos a un especialista para solucionar esto.

Mi esperanza de encontrar algo cae al suelo. Tendremos que llamar al banco para una lista de extractos de cuenta.

Agradecemos a los policías y volvemos a casa.

Pido al presidente que entre porque quiero mostrarle la cartera que la señora Bartholomé ha traído.

Está muy sorprendido de que haya venido a mí en vez de ir a la policía.

¡Abro la cartera y en el interior están todos los documentos que necesito!

—Querido señor Delande, voy a mirar todo eso y espero tener la posibilidad en unos días para el cálculo de los gastos del año pasado. ¿Quién hacía el impreso de los documentos, las cartas y los cuadros?

—Era ella. Pero estoy dispuesto a ayudarle.

—Gracias, lo veremos. Adiós.

—Soy yo quien le agradezco, buena suerte y si hay algo lo con que pueda ayudarle, llámeme.

Y sale.

Me quedo con una pregunta: ¿cómo es posible que la policía no sabía que la señorita vivía en otro lugar?

Su dirección oficial es probablemente la tienda. Sin embargo, esta casa, ¿de quién es la propiedad?

Voy en primer lugar a beber un buen jugo de legumbres con leche fermentada.

Ya le oigo decir «¡Qué mierda!». Pero no, en absoluto, hay que elegir la buena leche fermentada muy dulce.

Ahora voy en primer lugar a establecer los cálculos de los gastos del año pasado.

Veo que ella utilizó la lista de los extractos de cuenta del banco para indicar qué es y puso una cifra. Encontré un cuaderno con columnas donde con los números podía añadir todo de la misma cosa.

Encontré el cálculo del año anterior con las firmas de los comisarios. Voy a empezar esto mañana con calma.

Está claro que la señorita ya había lo preparado todo antes de morir. Y ha hecho eso en la casa que solamente su madre conoce.

Esta casa probablemente es la propiedad de la madre. Ella vive en esta casa. No tengo ninguna dirección de ella, solamente un número de teléfono.

Dirección. La fecha en esta carta de Sudáfrica en la cual no hay dirección. Quizás algo importante sucedió en esta fecha.

¡Todo eso quizás no tiene importancia, pero me intriga! Diamantes y Sudáfrica donde hay muchos... ¡Y no lo olvidemos, había un asesinato!

Voy a mirar la televisión.

Después de una buena noche, ¡al trabajo!

El desayuno fue absorbido con rapidez. ¡Hay que calcular! Quiero poner todo en mi ordenador y para eso una buena reflexión con un ojo de arquitecto es imprescindible.

Todo esto me ocupará todo el día.

He podido trabajar sin perturbación e invito a mi presidente para contemplar mi trabajo.

También imprimí una carta para el envío a los propietarios, como ejemplo la mía.

Está muy contento y me pregunta si puedo imprimirlo todo. Le digo que lo haré, pero que necesito las direcciones de los propietarios que no viven en el edificio.

Al fin y al cabo todo ha sido hecho. Mi presidente puso las cartas en los sobres en los cuales yo imprimí las direcciones y con un sello para aquellos que no viven en el edificio de correos.

Hay que esperar la reunión de la asamblea general...

—¡Hola! Hay que enviar la carta para la convocatoria.

—Puedo utilizar como modelo la del año pasado.

—Sí, bueno. Vendré a buscarlas para ponerlas en un sobre y las enviaré a sus destinatarios.

Después de un control para verificarlo todo, no queda nada de especial y puedo empezar a ocuparme de mis cosas. La programación para mandar a un robot.

Sin más problemas esperamos la reunión de la asamblea general que está prevista para mañana.

Si están de acuerdo, me preguntarán de ser el administrador. Sin embargo, no sé si lo aceptaré porque es otra cosa más que unos cálculos.

El presidente encontró una sala para la reunión. Es la misma del año pasado

Todavía tiene su coche y ha venido buscarme.

Nuestros copropietarios llegan. Tengo la impresión de que son más numerosos que de costumbre.

No hay duda que el asesinato de nuestra administradora tiene que ver con esto. ¡Han venido para informaciones!

¡Sorpresa! La madre de la señorita llega. Viene de inmediato saludándome y me felicita por mi trabajo.

A la llegada de la hora, el presidente abre la reunión y pide un minuto de silencio en memoria de la fallecida, la señorita Jeanne Bartholomé, y después todo sigue su rumbo normal.

Por supuesto que no hay nadie para dar precisiones y detalles sobre los gastos del año pasado. El presidente sabe algo y es con esto con lo que tenemos que estar contentos.

Y ahora la elección de los miembros de la gerencia.

El presidente y los comisarios son elegidos de nuevo. ¿Y el administrador?

—¿Hay alguien que quiera tomar la función de administrador?

Esta pregunta es necesaria pero el presidente sabe que su pregunta tendrá como resultado ¡un silencio absoluto!

En este momento la madre de la fallecida habla. Dice que piensa que el señor Belcik es la persona idónea para esta función.

¡Todos me miran!

El presidente me pregunta si quiero aceptar porque si no quiero tendremos que buscar una empresa de gerencia externa.

—Queridos vecinos y copropietarios, me honra su confianza. Sin embargo, no tengo la menor experiencia para este trabajo. Soy ingeniero, no un abogado. Esto significa que no voy a meterme con leyes y litigios. Estos problemas quedarán para ustedes a solucionar. Quiero tomar esta función para ayudarles. Veremos el próximo año dónde llegaremos.

¡De repente todos se ponen de pie dándome un aplauso para agradecerme!

—Su reacción me toca, haré todo lo que tengo en mi posesión para servirles, sin embargo cuento con su colaboración.

El presente me aprieta la mano y continuamos con la varia.

Hay algunas preguntas para pequeñas reparaciones y la reunión se acabó.

Vienen a felicitarme y agradecerme, de repente estoy en frente de la madre de nuestra administradora.

—Mi hija me dijo que podía siempre tener confianza en usted para cualquier ayuda y es algo que yo aprecio mucho.

—Pero se trataba solamente de darle algún consejo o una información técnica, nada difícil.

—Quizás, sin embargo, siempre me dijo que estimaba su amabilidad.

—Me alegro saberlo. Desgraciadamente, no he tenido ninguna ocasión para decirle que apreciaba su trabajo. A propósito. Ella estaba registrada en la dirección de la tienda, pero vivía con usted en su casa. Perdóneme, soy un viejo lleno de curiosidad.

—Sí, usted adivinó cómo fue. Hasta la vista.

¡Díos mío, mírame con un *quepis de administrador!*

¡Necesitaré mucha información!

En primer lugar, una procuración para el banco y las direcciones de todos los propietarios con su número de teléfono, su e-mail, sus inquilinos, su garaje...

Necesitaré también información sobre las empresas de mantenimiento, el suministro de gas, electricidad, agua.

Espero que mi presidente pueda ayudarme.

Le pregunto todo mientras estoy en su coche y me trae a casa.

Me dice que se encargará de esto.

